



SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN DE  
GÉNERO Y ESTUDIOS CULTURALES

## **Acosadores, violadores y maltratadores: los otros terroristas; sus construcciones literarias**

**Stalkers, rapists and abusers: The other Terrorists – their literary construction**

**M. S. Suárez Lafuente**

*Universidad de Oviedo*

[lafuente@uniovi.es](mailto:lafuente@uniovi.es)

Fecha de recepción: 21/07/2020      Fecha de evaluación: 13/09/2020  
Fecha de aceptación: 05/10/2020

### **Abstract:**

The aim of this article is to provide literary examples that will throw some light into a perplexing fact: it is difficult to understand why the political powers and society at large avert their gaze from the battering, violating and murdering of women. The main reason could be that female dependency is inscribed in the collective unconscious throughout the world, and that the dominant discourse prevents any change, fearful of the consequences that such a revolution would mean both to the social order and to the economy. It is easier to count female victims by the thousands than awake to incontrovertible and logical reasons – Goya inscribed this situation in one of his Caprices: “The sleep of Reason produces monsters”. My contention is that these monsters, that walk the streets alongside us, should be named properly as terrorists and be judged as such. Literature is constantly denouncing their deeds, through the globe and in all languages. In this article we analyse but a few examples by Ruth Rendell, Louise Doughty, Judith Hermann, Nawal al-Saadawi, Roddy Doyle, Mohsin Hamid, Suniti Namjoshi and Margaret Drabble.

**Key-words:** battering; rape; harassment; machism; patriarchy; literature

### **Resumen:**

Este artículo pretende dar respuestas, a través de ejemplos literarios, a la pregunta clave de por qué los poderes fácticos y la opinión pública reaccionan de manera tan tibia al acoso y maltrato ejercido por demasiados hombres sobre las mujeres. La razón básica es que la dependencia femenina sigue vigente en el imaginario colectivo universal y el discurso dominante se resiste a revisarla por miedo a los cambios

sociales y económicos que tal revolución supondría. Es más útil contar los femicidios por miles que admitir razones lógicas incontrovertibles – ya Goya lo dejó inscrito artísticamente: “El sueño de la razón produce monstruos”. A estos monstruos, que nos rodean con apariencia ‘normal’, hemos de darles la denominación que se merecen y juzgarles por la Ley Antiterrorista. La literatura, de todas las nacionalidades y de todas las lenguas, deja amplia constancia de tales abusos a través del tiempo y del espacio. Aquí se analizan varios ejemplos en obras de Ruth Rendell, Louise Doughty, Judith Hermann, Nawal al-Saadawi, Roddy Doyle, Mohsin Hamid, Suniti Namjoshi y Margaret Drabble

**Palabras clave:** maltrato; violación; acoso; machismo; patriarcado; literatura

No es dando la vida, sino quitándola  
como se llega al poder  
Simone de Beauvoir

Hay muchas obras literarias que tratan el maltrato físico y psíquico de las mujeres, los abusos a que son sometidas y el miedo paralizante que las convierte en víctimas propiciatorias; hay novelas, poemas y obras de teatro de todos los gustos literarios y procedencias geográficas. Pero la mejor manera de adentrarse en un tema tan controvertido como el terrorismo de Género es acudir al diccionario y ver cómo define “terrorismo”, es decir: cómo se entiende en un contexto general. Tener claro lo que se quiere defender o atacar es fundamental para mantener la lógica de nuestra postura y no caer en el pozo de las emociones o de la manipulación. El historiador Ibram X. Kendi lo avala con las siguientes palabras: “Las definiciones nos anclan a los principios. Esto no es baladí: si no nos preocupamos del trabajo básico de definir la clase de persona que queremos ser con un lenguaje estable y consistente, no podemos caminar hacia metas estables y consistentes” (Kendi, 2019: 1). El Diccionario de la Real Academia Española dice, en su primera acepción, que terrorismo es la “dominación por el terror” y, en segundo lugar, la “sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir terror”. Algo semejante aparece en lengua inglesa, en el Diccionario Merriam-Webster, por ejemplo: “Terrorismo es el uso sistemático del terror, especialmente como manera de coerción”. Y, en ambos diccionarios, el terror es definido como “un estado de miedo muy intenso” y que causa, entre otras cosas, ansiedad a quien lo experimenta. Linda LeMoncheck parafrasea a Bat-Ami Bar On cuando ésta sugiere que el terrorismo es “un proceso formativo que produce personas psicológica y moralmente disminuidas debido a una vigilancia constante y amenazadora” (LeMoncheck, 1997: 145). Estas personas aterrorizadas son las víctimas, “personas que padecen las consecuencias dañosas de un delito” (DRAE) y que “son dañadas o destruidas por la opresión, el maltrato o la privación de derechos” (DM-W).

En base a estas premisas, podemos considerar a las mujeres como víctimas del terrorismo machista, aunque a estos hombres no se les denomine terroristas, sus actos sean tolerados por amplias secciones de la sociedad e, incluso, sean admirados por el poder que ejercen sobre un colectivo considerado secundario. Esta propuesta no es gratuita, hay una larga historia que la refrenda en las noticias cotidianas: las violaciones individuales o en grupo no recibían ni siquiera atención informativa hasta hace poco tiempo; si el violador acosador era un familiar, el hecho se despachaba como perteneciente a la intimidad o “violencia doméstica”; si el violador acosador era un hombre rico, poderoso o famoso, todo el mundo miraba hacia otro lado. Eso sin considerar las leyes, promulgadas unas veces, consuetudinarias otras, en que se determina que el violador se case con su víctima.

Las razones que pueden explicar este ejercicio gratuito de violencia sobre otro ser humano habría que buscarlas en el desarrollo histórico-cultural de nuestra especie, en la manera en que nuestro imaginario colectivo se alimenta de arquetipos, es decir, de ideas simples, reforzadas por el interés de unos pocos que dominan el lenguaje hegemónico patriarcal. Para aquellos hombres simples, que nunca se han parado a pensar de manera independiente, las mujeres son seres inferiores que la ley ha puesto siempre a su disposición a través del matrimonio o de la idea del cabeza de familia. Pero, en demasiadas ocasiones para su tranquilidad, las mujeres se acercan peligrosamente a su nivel de raciocinio o de actuación y constituyen una amenaza para su hegemonía, lo que hace que las teman y, por tanto, opten por despreciarlas, menoscabarlas y someterlas por el terror, antes de que la sociedad descubra la inferioridad que ellos sienten.

El imaginario colectivo ha sido alimentado fundamentalmente por el lenguaje. No importa tanto la ‘realidad’ circundante como el discurso que la define, y la Historia es una prueba fehaciente de que, mayormente, creemos lo que nos quieren hacer creer. Así, las mujeres han sido definidas a través de los tiempos y por el discurso de los mitos, los cuentos, las leyes, la religión y las costumbres como débiles, frágiles y tiernas, como bellas, amorosas y dulces, como madres abnegadas y esposas dóciles. Por tenerlas por débiles y frágiles fueron consideradas como inferiores y sometidas a los hombres, que quedaron enclavados por definición en el plano superior. Débiles eran todas, pero las que no eran bellas y dulces (según los estándares del momento) bajaban aún más en la consideración social.

Esta situación de precariedad secular convirtió a las mujeres en blanco de los miedos personales masculinos: de aquellos que tienen poca autoestima, los que son o creen que son subestimados en el trabajo o en el bar, los que temen ser inferiores a esa supremacía del cincuenta por ciento o los que temen ser considerados cornudos o débiles. Eso sin menospreciar el miedo a enfrentarse a la vida diaria en caso de abandono o divorcio: la compra, la cocina, la lavadora, la limpieza, etc. En la novela de la autora inglesa Louise Doughty, *Apple Tree Yard* (2013), la víctima reflexiona sobre su violador: “Creo que lo que más le gusta es humillar a

una mujer que se considera superior a él. Esta idea me viene ahora que estoy sentada en mi despacho: que yo me consideraba superior a él, y que eso probablemente le resultaba obvio” (Doughty, 2013: 226).

El tema es tan amplio y tan complejo que dejo a un lado las violaciones como arma bélica, las violaciones en grupo, las violaciones como venganza social, etc. Por desgracia, una mirada somera a la vida diaria de nuestras ciudades occidentales nos ofrece un amplio campo de estudio de amenazas, violaciones y asesinatos machistas. Que las mujeres no están seguras si salen solas por la noche, ni siquiera en un aparcamiento con guardia de seguridad, ni tomando un taxi oficial ni viajando en metro, lo demuestra la práctica seguida en países del primer mundo como Reino Unido, Alemania o Dinamarca, que han implementado los taxis rosas, los vagones rosas del metro o los sitios rosa de aparcamiento cerca de las cabinas de cobro: sólo para mujeres, para preservarlas del macho depredador.

Por supuesto, no podemos ni pensar en cruzar solas un parque o un campus universitario estadounidense por la noche. Porque, aunque detuvieran al agresor, la culpa sería enteramente de la mujer (para eso sí tenemos plena responsabilidad judicial), que, al ponerse en peligro, tendrá la culpa de lo que le pasa. El argumento es tan débil que ponernos en peligro significa ejercer nuestros derechos de ciudadanía volviendo a casa por la noche, o beber más de la cuenta (las mujeres “de bien”, dulces y madres, no se pueden emborrachar; los hombres, sí), o llevar minifalda o ir demasiado escotadas. Así se desarrolla nuestra vida en el mundo civilizado y desarrollado: se nos fuerza a salir en grupo y a ser acompañadas hasta el portal o a quedarnos en casa. Mientras tanto, los agresores se adueñan de la noche, de las calles y plazas, recortan nuestro espacio y coartan nuestra libertad. No nos sorprende, pues, que sus instintos más básicos sean gratificados y su sentimiento de macho alfa sublimizado.

La autora inglesa de novela negra, Ruth Rendell, inscribe magistralmente cómo se siente el acosador en el relato “Un interés extra” (1982): “Podía oler su miedo [...]. No tengo palabras para describir el sentimiento de poder y... bueno, de hombría triunfante y de lo que llaman machismo, que me dio aquel episodio. Me sentí fenomenal.” (Rendell, 1982: 13). Mientras tanto, las mujeres están viviendo momentos de terror auténtico, porque “que algunos hombres sean violadores es una amenaza suficiente para que las mujeres vivan en un estado constante de intimidación” (Brownmiller, 1975: nota 65). Yvonne Carmichael, el personaje principal de *Apple Tree Yard*, asevera, después de haber sido violada por un compañero de trabajo, profesor, como ella, en la universidad: “Ya no sólo me dan miedo los hombres peligrosos. Ahora tengo miedo de los hombres normales y amistosos. Ya no tengo miedo por la noche de los ladrones o los desconocidos. Tengo miedo de los hombres que conozco” (Doughty, 2013: 209).

Puesto que somos presa socialmente fácil no sólo de desconocidos y perversos, sino también de amigos y familiares pretendidamente

amables, debemos exigir que el acoso y la violación sean considerados como hechos de terrorismo propiamente dicho.

Mohsin Hamid, en su conocida novela *Bienvenidos a Occidente* (2017), se plantea muchas preguntas elementales sobre la irracionalidad del terrorismo y la guerra. El crítico Viet Thanh Nguyen, en su reseña de la obra, encuentra la explicación al “homo homini lupus”:

Vives en tu casa o en tu apartamento alquilado. Vives con tu familia o en soledad. Despiertas por la mañana y bebes té o café. Conduces un coche o una moto, o quizás vas en autobús. Llegas al trabajo y conectas tu ordenador. Sales por la noche y flirteas o tienes una cita. Vives en un pueblo o en una ciudad, aunque puede que vivas en el campo. Tienes sueños, aspiraciones y esperanza. Das por hecho que eres una persona. Pero los que viven en la otra parte no te ven como un ser humano en absoluto (NYT: 10/03/2017. Énfasis añadido).

Por eso no tienen problemas en bombardearte, a ti y a los tuyos, y en obligarte a abandonar tu casa, tu vida, tu genealogía, tus raíces y tu futuro, si no quieres sufrir: la responsabilidad de la decisión es tuya. Cualquier persona razonable vería la crueldad de esta opción, cualquier persona razonable no tendría problema en denominarlo terrorismo de estado. Pero pocas personas en el poder o en la sociedad se inmutan cuando esto le ocurre a una mujer.

Un buen ejemplo de esta situación es la novela de Doughty mencionada anteriormente; novela de éxito que fue filmada en cuatro episodios para *BBC One* en 2017, con Emily Watson y Ben Chaplin en los papeles principales. El personaje central es Yvonne Carmichael, una mujer de cincuenta y tantos años, científica, profesora en una universidad londinense, informadora en las comisiones parlamentarias del gobierno británico, felizmente casada y madre de dos hijos adultos, que vive en una casa confortable de los suburbios de Londres. En los primeros compases de la novela, Carmichael inicia una apasionada relación con un hombre al que apenas conoce, pero que llena su vida de sexo, de emoción y de aventura. Esto se narra en las primeras ciento cincuenta páginas, de las más de cuatrocientas que tiene el libro.

La vida de Yvonne es tan normal que podría ser la de cualquiera. Como la que encontramos en *Bienvenido a Occidente* antes de que el terrorismo y la guerra se enseñorearan del territorio: una persona de edad adulta y de clase media, con una vida profesional respetable y una vida privada aceptada y aceptable. Y entonces sucede: el terror entra en su vida y Carmichael deja de ser una persona *normal*. Esta es la secuencia de cómo sucede: la mujer se viste con esmero porque va a una fiesta en su Facultad y porque antes verá brevemente a su amante. Efectivamente, se ven y hacen el amor a satisfacción de ambos. Por eso, ella llega a la fiesta sintiéndose feliz, bella y aún joven; su autoestima está especialmente elevada y bebe más de lo que había planeado, pero piensa que, después de todo, esto es una fiesta entre amigos, colegas y

estudiantes, que dejará el coche aparcado, cogerá un taxi y dormirá la borrachera durante la mañana siguiente que, afortunadamente, es sábado.

A uno de sus colegas le intriga verla tan animada, habla con ella y deduce que tiene una aventura extramarital y, con la lógica equivocada del machismo, concluye que si ya le fue infiel a su marido cualquiera puede beneficiarse de ella. Con engaños la lleva a su despacho, y cuando ella se da cuenta de sus intenciones y dice “No, mira, lo siento, no”, él le da una paliza, la viola y la humilla, porque cuando las mujeres dicen ‘no’ ¿no es, acaso, que quieren decir sí? Yvonne recuerda: “Hay un momento de irrealidad, de aturdimiento. Doy un grito de dolor y de incredulidad cuando la bofetada me tira del sofá. Y estoy en el suelo, con la cabeza contra el sofá y él me está violando” (Doughty, 2013: 152-53). Durante una hora, el colega abusa del cuerpo de la mujer desde todos los ángulos. Ella se siente humillada, asqueada, herida físicamente y devastada psicológicamente; mirarle le inspira pavor, está aterrorizada.

A la semana siguiente, el agresor pretende hablar con ella como si nada hubiera pasado, pero sólo con leer su nombre en un correo electrónico Yvonne siente que “mi corazón tiene palpitaciones y mis manos tiemblan. Y siento como si el pelo se atirantara en mi cabeza” (Doughty, 2013: 179). La víctima tiene buenas razones, que se van descubriendo en la novela, para no denunciar la violación, a pesar de que desde ese momento su calidad de vida empeora considerablemente: deja de ver a su amante y deja todas las actividades anejas a su trabajo, porque vive en un miedo constante de encontrarse con su violador. Se refugia en su casa, cierra todas las puertas con llave, se sobresalta con cualquier ruido y vigila constantemente por la ventana. Yvonne Carmichael siente un miedo tan visceral que es incapaz de concentrarse en su vida cotidiana.

Al cabo de unas semanas, Carmichael habla con un asesor legal para ver las posibilidades que tendría de denunciar al violador. Pero se encuentra con que todas las cartas están en su contra; cómo podría demostrar que no es adicta al sexo rudo, cómo podría demostrar que los golpes y moretones no son parte del placer de un encuentro sexual perverso; aparte de que el hecho de que ella hubiese bebido “inmoderadamente” “es un regalo para la defensa” (Doughty, 2013: 190). El hecho de que la madre de Yvonne se hubiera suicidado abonaría la tesis de que los problemas mentales son cosa de familia y explicarían el porqué de que una mujer con un marido respetable se entrega a los placeres sexuales prohibidos: “Tu caso entra en la categoría de lo que llamamos víctimas que sólo tienen mucho que perder” (Doughty, 2013: 193). Por eso Carmichael desiste de denunciar. Comprende que “no importan ni las hipótesis ni los descubrimientos que haya hecho en mi laboratorio, no importa lo que yo haya conseguido profesionalmente, siempre seré la mujer en el caso de violación contra George Craddock. Nunca seré otra cosa” (Doughty, 2013: 194). Efectivamente, cuando en el transcurso de la narración su relación con el desconocido se hace pública, Yvonne piensa: “Tres décadas de ser una científica respetable y

profesional o una madre dedicada no tienen ninguna importancia cuando se comparan con un polvo en un callejón” (Doughty, 2013: 387).

Setenta páginas después de la violación, tiempo durante el cual la víctima ha caído por la pendiente de la disolución psicológica y el desmoronamiento de su vida laboral, el violador se convierte en acosador, empoderado por el éxito de su agresión. Aparece tras el cristal del escaparate de la peluquería cuando ella, por fin, se atreve a ir a arreglarse el pelo, camina paralela a ella por la acera de enfrente cuando Yvonne sale de compras, hace *jogging* arriba y abajo en la calle donde ella vive y, para rematar, Yvonne empieza a recibir llamadas telefónicas anónimas en mitad de la noche cuando su marido está fuera por motivos de trabajo. Todos estos métodos de acoso son clásicos para coartar la libertad de movimientos de la víctima y restringir su espacio vital. Robin Morgan denomina a esta serie perversa “la normalización del terror” (Morgan, 2001: 127), que mantiene a las mujeres en una situación de miedo constante y, por tanto, de inmovilización social, lo que las hace aún más vulnerables: a su situación de desventaja histórica se une así la desventaja personal, lo que acaba con su actancia y su subjetividad.

Llegada a este punto, Carmichael, que partía de un Yo fuerte y robusto, reacciona denunciando al violador y el caso termina, inevitablemente, en los tribunales. Carmichael sabía de antemano que la defensa no iba a parar mientes en rebuscar en su vida privada, aunque no viniera al caso, ni en manipular a su favor cualquier tipo de información. Valga como ejemplo lo siguiente:

Abogado defensor: “Querría hacerle algunas preguntas sobre la noche en que usted pretende que fue atacada”.

Yvonne piensa: “La palabra ‘pretende’ se me clavó en el estómago como si fuera una fina aguja. No estoy ‘pretendiendo’ nada. Sucedió realmente” (Doughty, 2013: 371).

Aprende entonces, en carne propia, que en el mundo legal los argumentos no necesitan ser ciertos ni guardar conexión alguna con lo que se está juzgando, sólo necesitan ser eficaces, constituir “una historia de hechos diferentes que pueden ser hilados juntos” (Doughty, 2013: 389) para distraer la atención respecto al punto fundamental que se dirime.

La novela está repleta de matices pertinentes a cómo la sociedad contemporánea considera, en términos generales, a las mujeres como ‘idénticas’, es decir, sustituibles una por otra, sin tener en cuenta más que el Género en que están construidas. En este sentido, Louise Doughty es capaz de mantener el registro lingüístico con verdadera maestría, de manera tal que vivimos muy de cerca y sin lagunas, como lectores, el desasosiego íntimo de la víctima y el cinismo de quienes la consideran solamente como un objeto. Cuando su amante es, inevitablemente, llamado a declarar, ella se da cuenta de la diferencia con que ambos han vivido la etapa de sus amoríos: “Las relaciones son historias, no verdades [...]. En el momento mismo en que inicias una relación con otra persona

se establece una disonancia automática entre tu historia y tú, y la historia de la otra persona sobre ti” (Doughty, 2013: 397).

También Margaret Drabble, autora ya clásica de la literatura inglesa, inscribe una situación semejante a la de *Apple Tree Yard*, si bien con un final muy distinto. En su relato “Una historia exitosa” leemos lo que debiera ser el resultado de todos estos encuentros ‘amorosos’. En una fiesta en la que, como es usual, todo el mundo bebe más de la cuenta, un famoso dramaturgo de mediana edad lleva a una joven dramaturga a la habitación de su hotel para tomar la última copa. Inevitablemente, en boca de quien le conoce ya, se trata de “un donjuán (...), un fresco, que odia a las mujeres, que sólo quiere beneficiárselas, que no puede dejarlas tranquilas” (Drabble, 2011: 108). Pero cuando inicia con la joven dramaturga el juego sexual y ella le dice que no, él entiende que “No es No”, y en vez de toparnos con la violencia, la violación, el trauma y el juicio, leemos aliviadas que “ella bajó a la calle, tomó un taxi, se fue a la cama y ya estaba durmiendo antes de media hora. Y este es el final de la historia” (Drabble, 2011: 112). ¿Por qué es tan difícil terminar todas las historias así?

“La Dama del Crimen”, Ruth Rendell, siempre atenta a los vicios criminales de la sociedad en que vive, nos sirve otro ejemplo literario que refleja la irresponsabilidad que se deriva del imaginario colectivo del que hablaba al principio. En su narración breve “Un interés extra”, ya mencionada, originalmente publicada como “El hombre que aterrorizaba a las mujeres”, inscribe el peligro inherente a las acciones de acosadores y merodeadores, por lo cual su actividad puede considerarse también terrorismo. Acudimos de nuevo a los diccionarios para diferenciar los matices de una actividad y otra, si bien ambas son delictivas: merodeador es quien se mueve sigilosamente para no ser visto, “a menudo con la intención de cometer un acto ilegal”, y acosador es quien “de manera ilegal sigue y vigila a alguien” durante un lapso de tiempo.

El personaje principal del relato de Rendell une ambas actividades. Se trata de un hombre ‘normal’, casado, de clase media, con una buena vivienda y un trabajo monótono, quien, mientras vuelve a casa en autobús al anochecer reflexiona que ese tipo de vida sin ninguna perspectiva de mejora le está “minando la hombría”. En la búsqueda apresurada de alguna fuente de placer que no haga saltar por los aires su estabilidad familiar y social, el hombre descubre que le excita asustar a la gente, bueno “no a la gente, sino, específicamente a las mujeres”, porque razona que todo se trata, al fin y al cabo, de la sensación de poder: “Me imaginaba cómo sería ser una mujer atravesando un parque y sí, me vanagloriaba de mi hombría y de que yo no sentía miedo alguno” (Rendell, 1982: 14). Este es un aspecto fundamental del discurso dominante, porque hace a los hombres sentirse en el Top Fifty de la población; por mucho que estén al final de la línea masculina, siempre estarán por encima de la mitad del género humano.

Después de aterrorizar a una joven que vuelve a casa, igual que él, atravesando el parque al anochecer, siguiéndola siempre a la misma distancia, corriendo cuando ella corre, cogiendo caminos secundarios

cuando ella lo hace y parando cuando ella para, el hombre confiesa: “Me sentí tan libre y tan feliz, sentí que tenía un poder total, que yo (yo por mí mismo, ordinario, humilde), mi yo tan soso, pudiera inspirar tanto miedo” (Rendell, 1982: 13). Ahí empieza su carrera de merodeador y acosador. Muy pronto el parque vecinal se le queda pequeño y va ampliando su campo de maniobras, ya no toma el autobús, sino que conduce su propio coche, lo que le permite desplazarse a otros parques e incluso a bosques periurbanos. Aterroriza a las mujeres, sin acercarse a ellas, con lo que no puede ser acusado de nada, y luego vuelve a su casa a cenar y pasar la velada con su familia. Pero, como se ha repetido una y otra vez desde el mundo de la neurología una persona aterrorizada ya no tiene control sobre lo que le pasa, y nuestro hombre se pregunta al final del relato, mientras lee la prensa del día, que recoge el asesinato de una mujer que había perseguido la noche antes, si él no será también responsable de la muerte de esa mujer.

*Donde empieza el amor [Aller Liebe Anfang]*, novela de la autora alemana Judith Hermann, de 2014, narra el acoso sistemático y silencioso de un vecino a una mujer joven, de su misma calle, cuyo marido trabaja fuera de la ciudad de lunes a viernes. La narración recoge la espera inquietante de Stella, sabiendo que más pronto o más tarde él llamará al timbre, le dejará un anónimo en el buzón o paseará lentamente por la acera, mirando la casa y deteniéndose a encender un cigarrillo. Stella está aterrorizada, temiendo por el bienestar de su pequeña hija, y su vida se complica tremendamente para estar siempre cerca de ella y compaginarlo con su trabajo fuera de casa, mientras escudriña continuamente el entorno en busca del merodeador. La propia Stella busca en *google* el significado de la palabra: “acechar, perseguir... un patrón de conducta amenazante, anormal y obsesivo” (Hermann, 2014: 93), pero difícil de perseguir legalmente.

En su novela *Trece escalones [Thirteen Steps Down]*, 2004, la propia Rendell nos da la inversión del acoso y merodeo: el personaje que ha estado acosando a una mujer a lo largo de toda la obra, descubre aterrorizado que ha sido seguido por un fantasma todo este tiempo y confiesa su miedo: “La idea horrible de que el fantasma de Reggie le hubiera seguido hasta aquí le infundía tanto miedo que no quería ni pensarlo” (Rendell, 2004: 228). Aun así, el hombre no entiende que es el mismo miedo que él infunde en Nerissa. La falta de empatía de los acosadores, merodeadores y violadores se deriva de la necesidad de sentir un poder que los redima, que justifique su existencia, por eso sus víctimas son preferentemente mujeres; si ahora todas las personas somos iguales, yo, hombre, seré tu igual pero puedo aterrorizarte.

El terrorismo machista que ejercen los hombres sobre sus esposas, hijas o compañeras de vida es particularmente peligroso, porque el imaginario colectivo ha legitimado durante siglos el poder del hombre sobre sus familiares femeninos y, con demasiado frecuencia, la escalada del abuso termina en asesinato. Los medios por los que estos terroristas mantienen subyugadas a sus mujeres es un proceso demasiado largo para especificar aquí, pero sí quiero llamar la atención sobre una brutal

puesta en escena por un marido acosador en una casa londinense en abril de 2017:



Cuando la Policía Metropolitana entró en la casa para arrestar a un hombre de 42 años, a raíz de una llamada de auxilio, se encontró con un espectáculo aterrador. Cito palabras textuales del informe: “La escalera de la casa tenía 21 cuchillos espetados peldaños arriba, uno a cada lado, algunos sujetaban tarjetas de color rojo con palabras intimidantes y había un objeto en el suelo que parecía una bala”. Es fácil entender la situación en que se encontraba la mujer, basta sólo con preguntarnos si seríamos capaces de dormir con una amenaza tan plástica a las puertas de nuestra habitación.

La noticia de prensa no da muchos más detalles, pero este tipo de situaciones suelen darse cuando el hombre siente que está perdiendo poder sobre su subordinada y se resiente, por tanto, su autoestima. Recobrar la sensación de poder se convierte, en ocasiones, en una obsesión y entra en el terreno peligroso de la falta de raciocinio. El acosador del relato de Ruth Rendell confiesa que nunca pensó en convertirse en tal, ni siquiera en aquel primer momento en que reparó que la mujer que le precedía en el parque estaba asustada, pero que una vez que empezó a seguirla, como un juego para él, “fue consciente de que iba a llegar hasta el final” (Rendell, 1982: 18). Él sabía en todo momento que no iba a hacerles daño físico a las mujeres que acosaba, pero ellas no sabían eso, se ponían en lo peor y su miedo escalaba de minuto en minuto. Lo dice el mismo policía de la escalera del horror: “Aunque la violencia no sea física, sí es emocional y psicológica, y atrapa a la víctima en una situación de la que le resulta muy difícil escapar”. Esto lo sabe Yvonne Carmichael por propia experiencia: “sólo quien haya experimentado el miedo, sabe que es paralizante” (Doughty, 2013: 204); por eso, su defensa aduce que “el gran problema en los casos de asalto sexual es que las mujeres raramente reaccionan” (Doughty, 2013: 270). Y el acosador de Rendell lo reconoce asimismo: “Yo creí que ella iba a

recriminarme [por seguirla] pero no creo que pudiera. Su voz estaba estrangulada por el miedo” (Rendell, 1982: 14).

El marido de Yvonne, científico como ella, explica desde un punto de vista profesional, en una larga cita de más de una página, por qué las víctimas no se defienden en estos casos: el hombre sabe que va a actuar, pero la mujer es sorprendida en su cotidianidad; los ataques terroristas se basan en la sorpresa para abonar el miedo, y también en la repetición. De manera tal que las víctimas aprenden a tener miedo, por eso su amígdala cerebral paraliza los impulsos durante el ataque: “En una situación de peligro, especialmente cuando somos pillados por sorpresa y no tenemos tiempo para llevar a cabo una evaluación razonada sobre nuestras posibilidades de seguir vivos o ser asesinados, nuestro cerebro está programado para hacer aquello que asegure nuestra supervivencia. Lo único que queremos es sobrevivir, punto. En cualquier situación en que no se pueda estimar el nivel de peligro, la amígdala va a ganar al cortex [parte que controla la lógica], siempre” (Doughty, 2013: 271). Y esta aparente sumisión colma la idea de victoria, de poder y de machismo del terrorista.

Un ejemplo paradigmático es la novela de Roddy Doyle, de 1997, *The Woman Who Walked into Doors* (*La mujer que se estrellaba contra las puertas*), y la segunda parte, *Paula Spencer* (2006). El título de la primera obra explica bien el proceso: la mujer es sujeto de un verbo demoledor para ella “estrellarse”, lo que la convierte en objeto vapuleado y refuerza el sentido negativo sobre su persona: “El doctor nunca me miró. Estudiaba partes de mi cuerpo, pero nunca me vio como un todo. Nunca me miró a los ojos” (Doyle, 1997: 330).

Ella les imploraba con la mirada “pregúntame por tantos moretones y tantos huesos rotos”, pero nunca lo hacían. Era más fácil decidir que era una alcohólica patosa, y tratarla de pobre mujer y posiblemente mala madre. En su opinión, Paula tenía suerte de que Charlo fuera su marido, un hombre que tenía que aguantarla, que era amable, paciente y posiblemente cuidaba de la casa y de los niños. A los ojos de la sociedad, si se molestasen en mirarla, Paula sería la culpable de su situación (Doyle, 1997: 369).

Sin embargo, cuando su marido muere de un disparo después de haber asesinado a otra mujer, todo el mundo se arremolina alrededor de la casa familiar para ver y saber: “periodistas y fotógrafos y vecinos y gente que sólo venían a ver la casa” (Doyle, 1997: 135). La invisibilidad en que se mueve, impele a Paula a hablar de sí misma en tercera persona; ya ni siquiera sabe si es ella la que está viviendo en tal tormento, puesto que ella, a pesar de estar en todas partes, no existe, no es nadie (368), es invisible a los ojos del médico, de sus vecinos, de sus padres, de sus hermanos: “Nadie me veía (...) Yo era la mujer que no estaba allí. La mujer que se empeñaba en estrellarse contra las puertas” (Doyle, 1997: 369-370).

Ya viuda, la mujer recobra nombre y apellido y accede a su propia vida, pero ya está marcada por el maltrato y se ha convertido en una mujer desquiciada por los recuerdos, luchando por vencer al alcoholismo. Su 'historia de amor' había comenzado con una frase del imaginario del amor romántico: "Me desmayé la primera vez que le vi", y la boda constituyó el día más feliz de su vida, palabras premonitorias donde las haya de la penosa vida que le espera, pero repetidas constantemente en nuestra sociedad y representativas del romanticismo idealizado y paralizante.

La obra de Doyle es importante porque no sólo explora la violencia, sino también las causas y los efectos de ella. El porqué una mujer acepta tal situación. Qué la lleva a "chocar" contra las puertas. Es una novela sobre las funciones predeterminadas que ciegan a hombres y mujeres en la sociedad. Cuando Paula se convirtió en novia de Charlo, se dice: "Ahora era alguien. No una reina ni una princesa, pero alguien. Era un principio. Me gustaba. Andaba más segura" (Doyle, 1977: 54). Pero una autoestima que se basa en haber encontrado al 'príncipe azul' no es una buena base para comprometer la libertad.

La autora estadounidense Susan Griffin resume la situación en su poema "Revolution" (1971):

No tenía que haberme metido en este bote contigo.  
[...]  
No tenía que haberte dejado al tanto de los remos.  
[...]  
No tenía que haber permitido que los tiraras por la  
borda.  
[...]

Donde los puntos suspensivos reflejan la repetición de su desesperación y su aislamiento. Sé que no tenía que haber... Pero ¿quién estaba allí para acompañarme sino tú? Pero ¿quién estaba allí para interponerse entre nosotros? Pero ¿qué podía hacer si el bote ya tenía una fuga y entraba el agua helada del océano? La obra de Lucía Etxebarria *Ya no sufro por amor* (2005) se anunciaba con unas palabras que podrían constituir la contestación a las preguntas de Griffin y la explicación al enamoramiento irreflexivo y aguante marital de Paula:

Quizá sea porque estás confundiendo amor con posesión, sexo con dependencia, chantaje con atención e intrusión con cariño. No es tu culpa. Si tomamos lo que te enseñaron tus papás, le agregamos unas gotitas del estereotipo femenino de la tolerancia, la pasividad y la sumisión, complementario al masculino de la actividad, la dependencia y el dominio, le añadimos a la mezcla un pellizco de la imagen cultural del amor romántico y lo batimos todo en la termomix, estaremos en condiciones de comprender mejor por qué la gente sufre tanto ¡y tan innecesariamente! por amor (www.casadellibro, 2007).

La violencia machista es terrorismo porque parte de la situación de desigualdad instituida como natural por el sistema patriarcal, que se basa en las dicotomías y procede desde ahí para desarrollar sus teorías, para construir su historia (escritura) y sus mitos (creencias), excluyendo del imaginario dominante cualquier otra opción. Debido a este poso de machismo generalizado, al “sentido de la propiedad”, se mina la moral de las mujeres, se les cercena el movimiento, se les hace sentirse culpables y no víctimas y se les niega “el derecho a equivocarse” y a “la segunda oportunidad”. En *Next Time, she'll be Dead*, Ann Jones comenta como a pesar del impacto positivo del movimiento actual contra la violencia hacia las mujeres, sabemos que cuando oigamos hablar de la próxima mujer maltratada muy pocos van a preguntar ¿Qué pasa con los hombres? ¿qué les hace ser tan crueles? ¿están locos? ... No, lo primero que la sociedad va a preguntarse es ¿por qué no le abandonó a tiempo? O, peor aún, ¿le habrá provocado?

Charlo es un maltratador *de libro*, con una historia de inseguridad, de ataques de ira, de necesidad de que nada cambie en su entorno, posesivo, celoso, capaz de ser encantador, manipulador y seductor cuando quiere conseguir algo y mezquino y cruel cuando no lo consigue. Y es que, como ya apuntamos, las construcciones patriarcales dicotómicas de feminidad y masculinidad son peligrosas porque no ayudan al desarrollo de la persona, en singular, sino que son máscaras sociales que usamos para sobrevivir cuando nuestro Yo es inconsistente o inexistente. Lo más fácil no es intentar quitarse la máscara, sino buscar la salida en los lugares comunes aprendidos y admitidos: mi mujer es mía, si no es para mí no es para nadie, no puedo vivir sin ella, me va a deshonorar, quedo como un cornudo, etc. Así se desata la violencia y se desarrolla el terrorismo machista, centrando todo el esfuerzo en considerar a la mujer como culpable de todos los males, como intrusa, como alteridad negativa. La repetición de estos arquetipos negativos convence a las mujeres de su inferioridad y refuerza en ellas el complejo de culpa.

En un libro de malos tratos físicos y psicológicos extremos, *Mujer en punto cero* (1989) de la autora egipcia Nawal al-Saadawi, una mujer despreciada, vendida al mejor postor por su padre, maltratada, prostituida, que acaba en prisión por matar a su proxeneta para poder escapar, confiesa: “como estaba atemorizada, nunca fui capaz de levantarles la mano. El miedo me había convencido de que era muy difícil ejecutar ese gesto” (al-Saadawi, 2009: 114).

Vemos, pues, que las obras literarias constituyen un campo de trabajo donde la persona lectora puede verse reflejada, implicarse, optar por una salida u otra y ver cuál es el resultado en la ficción; puede enfadarse o emocionarse, a sabiendas de que su realidad está al margen y de que en un momento dado puede cerrar el libro y salir del tema. Esto permite la reflexión desde fuera sobre lo que está pasando en el texto, y permite la interiorización progresiva y lúdica de actitudes acordes con la reafirmación de una identidad sin fisuras. La literatura permite lecturas a contrapelo, críticas, que desarrollan técnicas de empoderamiento

personal a través de estrategias de subversión tales como la ironía, la metáfora sostenida y la intertextualidad.

Noam Chomsky y Edward S. Herman explicaron en su libro *Los guardianes de la libertad* (1988) cómo los medios de comunicación de masas “actúan como sistema de transmisión de mensajes y símbolos para el ciudadano medio. Su función es la de divertir, entretener e informar, así como de inculcar a los individuos los valores, creencias y códigos de comportamiento que les harán integrarse en las estructuras institucionales de la sociedad” (citado en Sendón et al, 2001: 24). La literatura cumple esta misma función, pero también inscribe la diferencia, los apocalípticos de Umberto Eco, la transnacionalidad, etc. La literatura subvierte estereotipos, mitos, verdades y tradiciones porque los personajes están individualizados, porque son reflejo de lo cotidiano y porque encarnan nuestros miedos, nuestros deseos y nuestra fantasía, y, al subvertir los pilares del imaginario colectivo, abre nuevas vías de pensamiento y, por tanto, las posibilidades de despertar a una vida diferente de aquella que nos encierra en un modelo prefijado patriarcal.

Suniti Namjoshi emprende el camino del empoderamiento personal con una fábula feminista “A Room of his Own”, “Una habitación sólo de él” (1981), donde denuncia la justificación de la violencia y el cercenamiento radical de la curiosidad en las niñas, tal como aparece en el cuento de Barbazul, y los subvierte apoyando su argumento en la obra de Virginia Woolf. Si bien, al inicio de los 1980s, el poder dominante aún le hace jaque mate amparado en sus leyes patriarcales:

La quinta vez las cosas fueron diferentes. Él le dio instrucciones, le dio las llaves (incluyendo la pequeña) y se marchó solo. Exactamente cuatro semanas más tarde reapareció. La casa estaba limpia, los suelos relucientes y la habitación pequeña no había sido abierta. Barbazul se quedó de piedra. “Pero ¿no tenías curiosidad?”, le preguntó a su esposa. “No”, contestó ella. “Pero ¿no querías conocer mis secretos más preciados?”. “¿Por qué?”, dijo la mujer. “Bueno”, dijo Barbazul, “sería natural. ¿No querías saber quién soy realmente?”. “Eres Barbazul, mi esposo”. “Pero, lo que hay en la habitación... ¿no querías ver qué hay dentro de la habitación?”. “No”, dijo la criatura, “creo que tienes derecho a una habitación propia”. Esto le encolerizó de tal manera que la mató allí mismo. En el juicio adujo provocación.

Esmé Dodderidge demuestra, dando la vuelta al Gulliver tradicional, que la mejor manera de entender es vivir la experiencia directamente. Así, Gulliver, ingeniero aeronáutico en su sexto viaje, *The New Gulliver* (*El nuevo Gulliver*, 1980) despierta en un mundo en el que los roles están cambiados: las mujeres hacen exactamente lo que hacen los hombres aquí y los hombres hacen exactamente lo mismo que las mujeres terrícolas. Es decir, se trata de una subversión perfecta, una inversión minuciosa de los modelos dominantes. Sólo entonces entiende Gulliver lo que significa que desprecien tu inteligencia porque naciste con unas características sexuales concretas, que den, por tanto, menos importancia a tus capacidades, que te paguen menos debido a esa noción errónea, que se espere de ti que te vistas y maquilles para llamar la

atención, que las mujeres crean, porque tienen el poder hegemónico, que tienen un derecho natural sobre tu cuerpo, que tienes una capacidad innata para fregar, coser, planchar y para cuidar a los bebés y a los enfermos. Que te abandone tu pareja porque estás agotado por las noches, porque no tienes tiempo para arreglarte, porque ya eres más padre que “compañero”. Gulliver termina la novela paseando a sus hijas por el parque y hablando con otros padres separados, para crear una asociación desde donde puedan defenderse.

Hace más de cien años, Rebecca West confesaba no saber exactamente que era el feminismo, pero “lo que sé es que la gente me llama feminista cada vez que expreso sentimientos que me diferencian de un felpudo” (*The Clarion*: 14 November 1913). Sería una gran ayuda contra la violencia en general que el sistema patriarcal diferenciara de una vez por todas a una persona de un felpudo; las teorías de Género son unas buenas gafas para ver la diferencia. En las circunstancias actuales, con un nivel de violencia de Género que cuenta las víctimas por cientos de miles en el mundo, sólo nos queda esperar que sea la sociedad en general quien se conciencie de la necesidad de reducir a tanto maltratador cotidiano, porque las leyes y la justicia, que son absolutamente necesarias también, son demasiado lentas para impedir que dichos terroristas nos aterricen día tras día en el momento presente.

### Referencias bibliográficas

- AL-SAADAWI, Nawal. *Mujer en punto cero*. Madrid: Horas y horas, 2009.
- BROWNMILLER, Susan. *Against Our Will. Men, Women and Rape*. New York: Simon & Schuster, 1975.
- DODDERIGDE, Esmée. *The New Gulliver*. Londres: Dent Publishing House, 1980.
- DOUGHTY, Louise. *Apple Tree Yard*. Londres: Faber & Faber, 2013.
- DOYLE, Roddy. *The Woman Who Walked into Doors*. Londres: Vintage Books, 1997. *La mujer que se estrellaba contra las puertas*. Madrid: Alfaguara.
- DRABBLE, Margaret: *A Day in the Life of a Smiling Woman*. New York: Houghton Mifflin Harcourt, 2011.
- ECHEVARRÍA, Lucía. *Ya no sufro por amor*. Madrid: Martínez Roca, 2005.
- <https://www.casadellibro.com/libro-ya-no-sufro-por-amor/9788427031791/1049074> Consultado: 13 febrero, 2017.
- HAMID, Mohsin. *Exit West*. New York: Riverhead Books, 2017. *Bienvenidos a Occidente*. Barcelona: Reservoir Books.
- HERMANN, Judith. *Aller Liebe Anfang [Donde empieza el amor]*. Frankfurt: Fischer Verlag, 2014.
- JONES, Ann. *Next Time, She'll Be Dead: Battering and How to Stop It*. Boston: Beacon Press, 1994.
- KENDI, Ibram X. *How to be an Antiracist*. New York: Penguin Random House, 2019.

- LEMONCHECK, Linda. *Loose Women, Lecherous Men: A Feminist Philosophy of Sex*. New York: Oxford University Press, 1997.
- MORGAN, Robin. *The Demon Lover. The Roots of Terrorism*. New York: Open Road, 2001.
- NAMJOSHI, Suniti. *Feminist Fables*. Melbourne: Spinifex Press, 1993.
- NGUYEN, Viet Thanh. "A Refugee Crisis in a World of Open Doors". *New York Times Book Review*, Consultado: 10 marzo, 2017.
- RENDELL, Ruth. "An Outside Interest" in *The Fever Tree and other Stories*. Londres: Hutchinson Publishing House, 1982.
- RENDELL, Ruth. *Thirteen Steps Down*. [Trece escalones]. Londres, Hutchinson, 2004.
- SENDON, Victoria *et al.* (Publicidad) *¿Publicidad? ¡Publicidad!* Madrid: AMECO, 2001.
- "Stair of knives". <https://www.trueactivist.com>. Consultado: 10 octubre, 2017.

